

La devaluación en México *

El libro de Luis Pazos, que ahora comentamos y que se dedica al problema de la devaluación monetaria mexicana, requiere un comentario detallado, por diferentes razones. La primera, porque se le podría llamar "una versión mexicana de la moda Friedman", cristalizada en la Escuela de Chicago. La segunda porque se trata sobre todo de un trabajo que, visto desde el plano ideológico, intenta, con sus argumentos, convencer a los mexicanos de que sus intereses generales serían equivalentes a los intereses particulares de la burguesía dependiente, intereses que al final plasma en una serie de medidas de política económica. Y la tercera, porque habiendo sido escrito en forma muy sencilla y didáctica ha logrado —en forma muy hábil—, recoger aunque sueltamente, problemas que preocupan al mexicano medio y mantener una serie de mitos —como el de la perfección de la economía de mercado o el de la eficiencia de la iniciativa privada para guiar al lector desde el primer párrafo, a resultados prefijados.

Desde el principio, se afirma que "La devaluación del peso mexicano es el reflejo del desorden monetario y económico que han producido las políticas económicas del gobierno mexicano" (p. 17). Este será el lineamiento que condicio-

nará la manipulación de datos, como luego mostraremos con algunos ejemplos. Y para ello recurre al artificio de «Robinson», tan cómodo para evadir el análisis socio-político: "Si nos encontramos en una isla —nos dice— en donde se toman como unidades monetarias cinco clavos" (p. 30). El problema es que México no es una isla, ni la unidad monetaria un clavo... Pero aún metido en la isla, sigue molestándole el problema externo, que de abordarlo lo llevaría a conclusiones *que no desea*. Y la manera de hacerlo de lado, de dejarlo fuera del análisis, es una simple frase: "Desde luego, se puede aducir la crisis mundial como la causante de los problemas de México o partiendo de un surrealismo económico, se puede afirmar que nunca México ha progresado tanto..." (p. 47). Y como se muestra poco amante del surrealismo, deja fuera el problema mundial y con ello la teoría del imperialismo, las crisis de los países desarrollados, y el papel de las transnacionales en México.

«Resuelto» tal problema, el primer párrafo mencionado es el eje de sus argumentos; veamos sus razonamientos y preocupaciones:

1. El intervencionismo del estado en la economía ha conducido a un aumento «desproporcionado» del gasto público, espe-

cialmente en el último sexenio (p. 25).

2. Ese aumento del gasto ha llevado necesariamente al aumento de los «déficit presupuestarios». Dentro de la corriente liberal, hay un rechazo dogmático de todo déficit y una lucha de «principio» por un presupuesto «equilibrado», sin preocuparse de un análisis del caso concreto que demostrara el volumen de fondos liberados o absorbidos (pp. 25-29).

3. Este déficit conduce al aumento del medio circulante y, en consecuencia, a un proceso inflacionario. Un análisis cuantitativo basado en la ecuación elemental de Fisher [$MV = PT$], —por cierto manejada muy esquemáticamente (pp. 30-35).

4. El problema inflacionario lleva al desequilibrio de la balanza de pagos, como consecuencia de la modificación en los términos de intercambio (p. 36) y

5. La necesidad de disminuir tal desequilibrio lleva, con el fin de evitar el drenaje de divisas y reservas, a la devaluación (p. 37).

El origen primero y único —ya que ha dejado de lado el problema de la crisis mundial y el análisis estructural— es, de acuerdo a este razonamiento, la intervención del estado en la economía mexicana, basada —según intenta demostrar— en una serie de «sofismas», como el de la «distribución del ingreso» ("uno de los estribillos más usados entre políticos, economistas y sacerdotes progresistas" p. 115), la

inversión estatal para compensar la privada, etcétera. Y se usan los datos en forma tal que «prueban» que los objetivos no se han alcanzado.

Sólo a manera de ejemplo, cabe llamar la atención sobre el uso que hace de los datos: por ejemplo, trata de demostrar que tanto en Estados Unidos como en México "el porcentaje que se llevan los obreros es mucho mayor al que se llevan los capitalistas" y para ello usa los porcentajes con que cada clase se queda del ingreso nacional (salarios, beneficios, renta, intereses), recurriendo a una «novedosa técnica»: "descontando del total ingresado a las compañías los gastos en materias primas, servicios e impuestos, y tomando el remanente como un 100%"... estima el porcentaje que "de ese remanente fue destinado al factor trabajo"... Desde luego, con este «método» le resulta, en el caso mexicano, "que a los capitalistas se les repartió el 4%... y el 53% se lo llevaron los trabajadores" (subrayado nuestro). ¿Y la ley del valor-trabajo? Dudamos que Pazos la conozca. Como se ve, los datos no sirven para interpretar la realidad, sino para comprobar lo preconcebido, cuando se usan sin base científica.

Ubicada la «causa última», el objetivo no es proponer medidas que —congruentes con el desarrollo histórico del capitalismo en México y con el interés de las grandes mayorías— corrijan los errores de la política económica, aún dentro del mismo sistema

* Luis Pazos, *Devaluación y Estatismo en México*, Editorial Diana, México, 1976, 144 pp.

capitalista como siempre es dable esperar del autor. Por el contrario, se encamina en la misma dirección de los «planes de estabilización» que el Fondo Monetario Internacional implementó en Bolivia en la década del cincuenta, frustrando todo el proceso reformista; o que actualmente, y bajo la inspiración de Friedman, impulsan Brasil, Chile y Argentina: un proceso de «desestatización»; despido de «burócratas», venta de empresas estatales, supresión de servicios sociales; dejar todo al «libre juego de las fuerzas del mercado»; puertas abiertas a la inversión extranjera, y todo ello para aumentar la tasa de ganancia con el trasfondo de una baja real de salarios, desocupación y miseria.

Veamos las proposiciones:

1. Ninguna planificación de la economía, porque la alternativa, como dice Friedman, es «planificación de nosotros o planificación para nosotros» y como «todo individuo o empresa planifica con base en sus objetivos y necesidades», la alternativa única es la primera. Lo contrario es malo, como lo muestra Egipto, el de las Pirámides (pp. 131-134). ¿Qué tendrá, nos preguntamos, que ver Egipto con la situación actual? El ahistoricismo, no hay duda, conduce a grandes errores.

2. Disminución del gasto público, clausurando «algunos programas e instituciones creadas en los últimos años»; de

antemano «no es válido el argumento de que la disminución de empleados y de instituciones causará recesión...» (p. 138).

3. Control del Circulante.

4. Venta de empresas estatales. Como se ve, ésta y la segunda propuesta son una unidad «neo-liberal» encaminada a terminar con el capitalismo de estado, en la forma que se hace en los países del Cono Sur, incluyendo Brasil. El objetivo es claro; dejar en manos de trasnacionales —y la burguesía ligada a éstas—, los sectores vitales de la economía, y dismantelar un aparato estatal que pudiese controlar, por lo menos en parte, las actividades de las compañías extranjeras.

Es interesante, por la forma en que intenta «vender la idea», sus propuestas para las ventas: «Primero, ofrecer sus acciones a obreros durante seis meses; después a cualquier mexicano durante otros seis meses y, pasado ese término, a cualquier individuo o «empresa extranjera interesada». No necesita ningún comentario tal propuesta.

5. Acabar con la demagogia agraria y respetar el derecho de propiedad. La «demagogia», desde luego, consiste en repartir tierras mediante el sistema ejidal; el remedio: «acabar con los ejidos y dejarnos en paz», esto puesto en boca de un imaginario campesino

mexicano. En otras palabras, repetir el proceso de acumulación originaria, sólo que ahora en una nueva versión (parte 4 y p. 141).

6. Cesar los ataques contra empresarios y «ser realistas»: no hablar sólo de «justicia social» y «mejor reparto de la riqueza» (p. 142).

7. Promover la inversión de capital extranjero. Esta resulta una propuesta interesante, por la contrapuesta a la experiencia latinoamericana expresada en documentos del Pacto Andino y ALALC: no préstamos, porque eso aumenta la dependencia, sino inversión de capital, que tiene «efectos favorables».

Reiteramos que el libro no puede pasar desapercibido. En forma decisiva expresa los intereses

de una clase —la burguesía— y del capital extranjero, ideologizada para revestirlos bajo la forma de intereses de todos los mexicanos. Ningún científico social puede, en estos momentos, ignorar el doble origen que tiene la crisis mexicana actual: externo e interno. Es absolutamente imposible negar la interrelación del sistema capitalista y querer encontrar las causas de un fenómeno como las crisis, en factores totalmente internos. La actual crisis mundial, en cuyo marco se produce la mexicana, sólo tiene como precedente —en profundidad— la de 1929. Se inicia en 1967 y se une con el proceso cíclico de sobreproducción en el segundo trimestre de 1974. ¿Puede, preguntamos, un país como México, sustraerse a una crisis del sistema capitalista? Definitivamente ello es imposible. ALICIA GIRÓN.